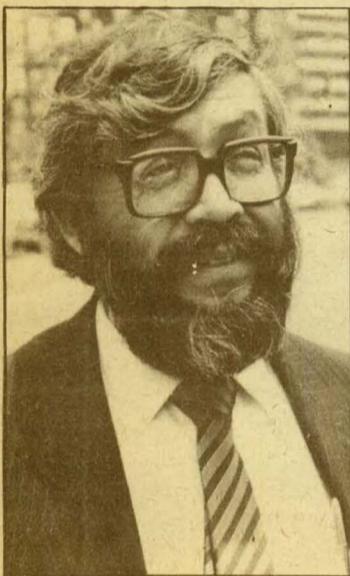


1987:

Lo Que Vendrá

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Ensayo 7-87



En un sistema tan presidencialista como el mexicano, el año de la sucesión está impregnado de signos al mismo tiempo esperanzadores y ominosos. Casi nadie confía en que la sola personalidad del Presidente hará que las cosas cambien. Las lecciones de los últimos sexenios han sido eficaces. Y sin embargo, no es posible arrancar por entero, de cuajo, la superstición que otorga a un solo ser humano la posibilidad de emprender la obra, más política que material de reencauzar a este país por senderos que lo conduzcan a ser una nación menos injusta, menos pobre, tal como la imaginaron sus fundadores y quienes a lo largo del tiempo procuraron darle alientos y nuevos objetivos.

En lo económico, 1987 amenaza ser uno de los peores entre los más recientes, que

han sido sumamente adversos para la enorme mayoría de los mexicanos. Los pronósticos, aun los gubernamentales habitualmente preñados de un optimismo irreal, no anuncian buenos tiempos. La inflación no se reducirá, sino al contrario, pues se han sentado las bases para que crezca como nunca antes. Ya en 1986 nos asomamos a la temida frontera de los tres dígitos, de manera que en 1987 con seguridad sobrepasaremos esos linderos. Por consecuencia, el poder de compra de los salarios seguirá abatiéndose, haciendo angustiosa la situación de los jefes de familia, que cada vez con mayor frecuencia se debatirán entre la duda de si adquirir zapatos o comida, si útiles escolares o ropa, pues sólo para los artículos de consumo necesario alcanza. Esos jefes de familia, sin embargo, serán afortunados si consiguen preservar su empleo, pues el número de los que lo pierdan se multiplicará. Contribuirán a ese resultado no sólo las declinantes condiciones del mercado, sino también la concreción de los efectos de la entrada de México al GATT. Se verá a partir de este año, en ese rubro, porque tal decisión contará entre los errores de mayor peso de este gobierno, y uno de los factores de que su saldo histórico negativo sea tan voluminoso. El dólar seguirá su carrera alcista, con una nueva pérdida de la soberanía cambiaria, resultado de que siga al frente del Banco de México el mayor enemigo del control de cambios, que a su vez es una de las medidas más necesarias para enmendar siquiera levemente el curso de la economía que nos lleva, si no al desastre, por lo menos a un deterioro irremediable de los niveles de vida de la población en general.

En medio de esos indicadores preocupantes, los acontecimientos políticos de 1987 pudieran convertirse en detonantes de una situación muy conflictiva. Para empezar, en enero deberá resolverse el diferendo que enfrenta a un importante sector universitario con las autoridades de la UNAM. Los acuerdos adoptados por el Consejo en septiembre de 1986 tienen un propósito con el que todo el mundo está de acuerdo, que es mejorar la calidad académica de la Universidad. Pero no existe el mismo grado de acuerdo sobre el procedimiento empleado para llegar a tales medidas, ni en la calificación de éstas como las más adecuadas y las más perentorias. Especialmente la nueva reglamentación al ingreso a las escuelas profesionales, que implica un ajuste del pase automático, para que sólo los mejores lo consigan, así como los exámenes departamentales y los pagos en los cursos de posgrado, han provocado una viva oposición, que naturalmente suscita adhesiones entre los sectores directamente afectados pero mueve también las conciencias de quienes juzgan que la UNAM no puede desvincularse de la realidad que la circunda, y que malamente puede proponerse tener alumnos como los de Oxford, preparados en Eton, si no somos la Gran Bretaña, y al contrario nos he-

mos propuesto construir una universidad de masas. Los impugnadores de las medidas tienen en eso razón, pero les falta una mayor flexibilidad en cuanto a reconocer que al lado de su fuerza innegable, funcionan otras fuerzas en la comunidad universitaria misma, en la sociedad y en el Estado, que les impedirán conseguir de una vez y para siempre las metas que se han fijado. Las autoridades universitarias, que hasta ahora han dado una reconfortante muestra de apego al espíritu de diálogo que caracteriza a las instituciones universitarias, están en riesgo de ser llevadas a la confrontación por inspiradores de una línea dura que sólo provocaría daños mayores a la Universidad y al país entero.

Aunque sea obvio decirlo, hay que recordar que no son pocos los sectores políticos capaces de obtener ganancia de situaciones conflictivas. Bastaría tener presente que en la contienda entre el gobierno y segmentos de la sociedad en 1968, el atizamiento de esa pugna, realizado por el Secretario de Gobernación, le produjo tales dividendos que en la sucesión resuelta al año siguiente él fue el ganador. Una tentación semejante podría estar ahora presente en el ánimo de muchos titulares de secretarías de algún modo vinculadas con la institución universitaria, y eso haría irresoluble en términos puramente académicos —o de política académica solamente— el conflicto que no podemos soslayar.

La sucesión presidencial, que siempre ha sido una operación política de extrema delicadeza, aparece en 1987 como un nudo de particular peligrosidad. Por un lado, la situación interna del país, que ha quedado groseramente descrita en los primeros párrafos de este artículo, hace que el escepticismo ciudadano, y más aun su exasperación, vayan en aumento. Y si bien hemos de reconocer que los pobladores de este país se limitan a observar o a padecer las decisiones vinculadas con la sucesión, estas decisiones no pueden ignorar lo que pasa en la República, entre sus habitantes. Su actitud, por lo tanto, es componente de primera magnitud al momento en que el Presidente designe a quién lo reemplazará a partir de 1988. Por añadidura, el sistema político que desde Calles ha permitido el tránsito más o menos normal de una presidencia a otra, muestra visibles señales de agotamiento. No estamos al borde de su quebranto, según opino. Pero es evidente que requiere no sólo remozamientos sin reestructuraciones en sentido popular que sus actuales operadores no parecen dispuestos a emprender. Con la maquinaria así de cansada, por lo tanto, ponerla a operar para el esfuerzo supremo de la sucesión es empresa que puede provocar desgastes aun mayores y eventualmente irremediables.

La posición internacional de México, por si fuera poco, lo ha hecho más endeble que nunca. Aclaremos que no participamos de la idea de que si nos comportáramos como lacayos dóciles de los Estados Unidos nuestra suerte sería mejor. Al contrario, creemos que sería peor. Pero no podemos ignorar que la actuación diplomática de México, así como la idea hecha de prevalecer por Reagan respecto de los Estados Unidos, nos ha convertido objetivamente en un estorbo para la política exterior de Washington, que sus personajes se esmeran en remover echando mano de toda suerte de recursos, desde la política financiera internacional hasta los episodios de nuestra vida interna. Modelar la sucesión presidencial a gusto de la Casa Blanca es aspiración a que el gobierno de los Estados Unidos no va a renunciar.

Hagamos, por último, una referencia al protagonista de la sucesión, es decir al presidente De la Madrid. Llegado al cargo sin experiencia política propiamente dicho, pues se había formado en los ambientes financieros gubernamentales, que si bien son públicos están orientados con criterio privatista, hizo esfuerzos no persistentes por modificar el sistema político. Sus mejores características personales no han sido aplicadas a la solución de los problemas políticos de mayor envergadura. De que no ocurra también así en el trance supremo de resolver quién recibirá de él la banda presidencial, depende en buena medida como nos vaya a los mexicanos en el año que ahora comienza... y en los venideros.